

La política de Estados Unidos hacia Israel: ¿Qué podemos esperar de una nueva Casa Blanca?

Robert Matthews
Investigador Asociado
Programa de Paz, Seguridad y Derechos Humanos
FRIDE

Quien quiera que sea el próximo presidente de Estados Unidos, el senador de Illinois Barack Obama o el senador de Arizona John McCain, asumirán la tarea de enfrentarse al conflicto más antiguo y peligroso, el que se desarrolla entre Israel y Palestina, en el que la solución parece más lejana que nunca. En Gaza existe una grave crisis humanitaria y en Cisjordania se da un deterioro progresivo de las condiciones de vida entre los palestinos. Aunque el tema es complejo, en su esencia se trata de la demanda de los israelíes de que los palestinos pongan fin a la violencia, mientras que éstos últimos piden la devolución de sus territorios a las fronteras anteriores a 1967. Sin embargo, la seguridad nacional israelí ha sido consistentemente reacia a negociar cualquier cambio de la situación territorial y en general favorecen una solución militar frente a la resistencia palestina. Podría decirse que, en este contexto, cualquier compromiso israelí de hablar con los palestinos parece una distracción para congelar el status quo y legitimar la intransigencia israelí. Las posiciones se han endurecido por ambas partes, mientras que entre algunas facciones palestinas hay un sentimiento palpable de que la única solución viene a través de la violencia.

Si bien siempre es posible que Israel vea pronto en su interés buscar una solución a largo plazo que intercambie tierras por paz, es más probable que cualquier movimiento en esta dirección a corto plazo provenga de la presión externa a todas las partes para que se comprometan con los graves asuntos que bloquean la solución. De todos los actores externos al conflicto, incluyendo los actores regionales como Egipto y Siria y el "cuarteto" de representantes que incluyen a la Unión Europea y Rusia, el papel central está todavía en manos estadounidenses, si es que desea asumirlo. Mientras que Europa tiene cierto peso económico -que puede utilizar mejor de lo que ha hecho en el pasado reciente-, Washington cuenta con una mayor palanca financiera, económica y política con Israel y puede, por tanto, ejercer potencialmente una influencia decisiva con Tel Aviv. Estados Unidos es el único país que tiene la posibilidad de obligar a Israel en relación a los asentamientos, por ejemplo, o de demandar un reenfoque profundo del proceso de paz con los palestinos.

Sin embargo, durante la mayor parte de los últimos ocho años la administración de George W. Bush fundamentalmente ha ignorado el asunto, dejando a los israelíes seguir una línea dura, en la seguridad de que no sería objetada. Actualmente, Estados Unidos ha perdido toda la credibilidad que pudiera haber tenido como intermediario o "mediador honesto" en la disputa. La pregunta primordial ahora es si el nuevo gobierno en Washington después del 20 de enero será capaz de cambiar la dinámica del conflicto y acabar con el sangriento estancamiento.

¿Una homogeneización de actitudes?

Aunque ha prometido comprometerse más directamente en la dinámica de Oriente Medio que la administración Bush, John McCain no ha dado ningún signo de que vaya a cambiar las presunciones de la política estadounidense hacia Israel. Un duro conservador del oeste todavía riega sus discursos de referencias patrióticas, alaba a los militares y a la era Bush con frases como: ...“Nuestro propósito es mantener este bendito país libre, a salvo, próspero y con orgullo... la libertad es un derecho otorgado por nuestro Creador, no por los gobiernos... [y] la función del Estado es minimizar su dominio sobre la sociedad mientras que persigue su principal obligación: proteger la libertad y la propiedad de sus ciudadanos.” McCain ha aludido con frecuencia a los radicales islamistas extremistas como la principal amenaza internacional que enfrenta Estados Unidos y sitúa la seguridad nacional y la guerra contra el terrorismo casi en el extremo que lo hizo Bush; en el corazón de su política exterior. Es un inequívoco defensor de la seguridad de Israel y sus visiones generalmente militaristas de línea dura resuenan bien en Israel a pesar de las reservas israelíes acerca de la posibilidad de una mayor implicación estadounidense en el conflicto palestino.

Sin embargo, incluso con una presidencia de Obama, hay pocas esperanzas de cambio en la dirección primordial de la política estadounidense hacia Israel, al menos en el futuro inmediato. Obama pertenece a la corriente “pro-Israel” dominante actualmente en el Partido Demócrata. Las líneas entre los demócratas y los republicanos están difusas. Los cambios políticos de las últimas dos décadas han conducido a una homogeneización de actitudes sobre Israel, haciendo virtualmente imposible distinguir entre las posiciones políticas de apoyo unánime de los candidatos y miembros del Congreso.

La nueva administración tendrá que enfrentarse al conflicto de una forma mucho más vigorosa y enfocada de lo que lo ha hecho durante los últimos ocho años. Claramente, Oriente Medio, junto con Afganistán, representarán las mayores preocupaciones inmediatas de política exterior para Washington en 2009. Pero una cosa es cierta: tanto si se sienta en la Casa Blanca un republicano o un demócrata, Israel no verá una mayor implicación estadounidense en su vecindad como un bien genuino, ya que se acostumbró a que le dejen gestionar el conflicto palestino de acuerdo a sus propios criterios.

Desde principios de los noventa no ha existido en Estados Unidos una administración deseosa de enfrentarse a Israel y presionarle para un cambio de políticas acorde a sus preocupaciones, especialmente en relación a los asentamientos en Cisjordania. Ni Clinton ni Bush mostraron desacuerdos serios con la política israelí o la intención de utilizar la ayuda estadounidense como incentivo, como hizo Dwight D. Eisenhower en los años cincuenta, Jimmy Carter a finales de los setenta y George H. W. Bush a principios de los noventa. Durante los últimos quince años Washington ha mostrado su apoyo a las políticas de seguridad de Tel Aviv cada vez con menos reservas; estas actitudes han cristalizado ahora en un amplio consenso político. Hoy, incluso los políticos judíos moderados, como el representante en el Congreso por Nueva York, Jerry Nadler, se opone a que Estados Unidos ejerza cualquier presión directa sobre Israel.

Dado el actual entorno político en Estados Unidos, no sorprende que Obama y McCain hayan adoptado posiciones casi idénticas sobre Israel, ofreciendo un apoyo entusiasta a la seguridad israelí y el derecho a defenderse de todas las amenazas -grandes o pequeñas-, al mismo tiempo que son reticentes a cuestionar a los líderes políticos de Israel. Ambos candidatos, por ejemplo, han aprobado la construcción del muro en torno a las fronteras de Israel, justificándolo como legítima autodefensa. Sus posiciones sobre el conflicto constituyen una continuación casi uniforme, con pequeñas variaciones, de los años de George W. Bush. Hasta ahora, ninguno de los candidatos parece deseoso de cancelar el cheque en blanco emitido a Israel por la actual

administración, que incluye aceptar el actual apoyo o aquiescencia de Israel en el establecimiento de asentamientos judíos en Cisjordania. Aunque la retórica de la campaña no se escribe en un bloque de mármol, las posiciones adoptadas antes de las elecciones ofrecen un atisbo en las direcciones políticas y dan un baremo para rendir cuentas una vez en la presidencia.

Sutiles diferencias

Esto no significa que no existan sutiles diferencias subyacentes entre Obama y McCain, o incluso entre ellos y la gestión de la administración Bush. Por ejemplo, McCain, aunque preferido mayoritariamente por los israelíes, no cuenta con la total confianza de Israel porque se le percibe más proclive a implicarse en los detalles de la política israelí de lo que ha hecho la administración Bush; McCain admitió a un periódico israelí en 2006 que como presidente trataría de “microgestionar el proceso de paz de Oriente Próximo”, a diferencia de la distancia adoptada por la actual administración.

Mientras que el senador de Arizona es un conservador recalcitrante y generalmente ha apoyado la política exterior de Bush, Obama fue calificado como el político electo más liberal del Senado en 2007 por el National Journal. Casi todos los consejeros de política exterior de McCain provienen de los grupos pro-guerra neoconservadores. Los expertos de política exterior que se adhirieron a Obama, más que a Hillary Clinton, le encuentran -en palabras de Nicolas Lehman en la revista New Yorker- ...“el candidato más audaz y visionario, el que entendía profundamente los cambios en el mundo y cómo la política exterior estadounidense tiene que cambiar también.” Sus asesores suelen proceder del ala progresista del Partido Demócrata, aunque prefieren no ser etiquetados ideológicamente. Manifiestan trascender presunciones y prejuicios pasados para tratar con más efectividad con las nuevas fuerzas, retos y amenazas del siglo XXI y, por tanto, las nuevas coordenadas de las relaciones internacionales para Estados Unidos.

Entre los adversarios republicano y demócrata a la Casa Blanca en 2008, Obama es el único que ha mostrado cierto entendimiento de los temas que enfrentan a ambos bandos en el conflicto. Antes de convertirse en candidato a la presidencia, Obama recordó a su audiencia que el partido Likud de extrema derecha no es sinónimo del Estado de Israel. Más de una vez ha comentado que los palestinos figuran entre “los pueblos más oprimidos de la tierra” y que las preocupaciones palestinas requieren que se enfrenten con justicia e imparcialidad.

Estos comentarios han suscitado recelos entre algunos grupos pro-Israel. Además, varios de sus asesores, aunque en un ámbito informal, han causado preocupación a los israelíes y a los que les apoyan desde la línea dura en Estados Unidos. Entre los más controvertidos figura Zbigniew Brzezinski, ex consejero de seguridad nacional con Jimmy Carter, y Robert Malley, antiguo Asistente Especial del presidente Bill Clinton para Asuntos Árabe-Israelíes y experto en resolución de conflictos en International Crisis Group. Ambos cuestionan el grado de influencia que el American-Israeli Political Action Committee (AIPAC) [Comité de Acción Política Americano-Israelí] tiene en la política exterior estadounidense, y adoptan un enfoque más equilibrado al dilema israelo-palestino que la corriente mayoritaria de los políticos del país. Para encaminarse a un proceso de paz, sus asesores incluyen, por ejemplo, la idea de mantener conversaciones directas con Hamas. Estas propuestas les sitúan claramente en el centrismo realista europeo, pero algunos grupos judíos, acostumbrados ahora al apoyo incondicional de Washington, criticaron abiertamente a Obama durante las primarias por estos contactos y sus comentarios previos. Obama ha luchado así con la apariencia de no estar totalmente comprometido con las políticas israelíes y, consecuentemente, demasiado empático hacia los palestinos. No sorprende que la rival demócrata, Hillary Clinton, más dura y claramente pro-israelí, ganara en líneas generales el voto judío en las primarias de primavera (los judíos estadounidenses todavía votan mayoritariamente a los demócratas en las elecciones generales).

La prueba: Hezbolá y Hamas

La percepción de que Obama es blando con los enemigos de Israel ha persistido a pesar de sus frecuentes, agudas y nada ambiguas declaraciones en defensa de Israel. Como McCain, Obama rehúsa condenar los asentamientos en Cisjordania o comprometerse a lograr que el gobierno israelí rinda cuentas respecto a la expansión de los asentamientos. Durante la guerra entre Israel-Hezbolá en Líbano de julio y agosto de 2006, finalmente definida por la respuesta militar desproporcionada de Israel a los ataques fronterizos de Hezbolá que precipitaron el conflicto, Obama insistió ruidosamente en el derecho de Israel a la autodefensa. Co-patrocinó una resolución del Senado condenando la implicación de Irán y Siria en la guerra y oponiéndose a cualquier presión sobre Israel para un alto el fuego que no tratara la amenaza de los misiles de Hezbolá, una posición mantenida por la administración Bush que sirvió para prolongar las campañas por tierra y aire de Israel y multiplicar las víctimas civiles en Líbano.

Mientras que Israel implicó indirectamente a Hamas, sobre todo a través de la mediación egipcia, ninguno de los candidatos siente que pueda permitirse el lujo político de abogar por mantener conversaciones con el partido palestino radical. En abril, la campaña de McCain se precipitó a criticar las conversaciones del ex presidente Jimmy Carter con los líderes de Hamas e invitó a Obama a hacer lo propio. Obama accedió, mostrando su desacuerdo con la iniciativa de Carter hacia Hamas; declaró que las conversaciones “no eran de ayuda” y dijo que no hablaría con el grupo islamista hasta que reconocieran a Israel y renunciaran al terrorismo. En la izquierda, había especulaciones sobre si Obama parecía contradecir su posición de que las conversaciones con adversarios externos nunca deben descartarse. En primavera de este año, públicamente se alejó de Brzezinski y cortó los lazos con Malley (que es de ascendencia judía) después de que Malley admitiera que se había entrevistado con líderes de Hamas. También se evitan las sugerencias de que Israel debería hablar con Siria a pesar del anuncio de Israel, poco después del viaje de Carter, de que realmente se hallaba inmerso en conversaciones con ese país.

AIPAC y el sionismo político

En la comunidad judía estadounidense existen todavía, particularmente entre la gente de más edad, aquellos que se muestran escépticos respecto del compromiso de Obama con la nación judía. Por ello, desde el fin de las primarias en junio, Obama ha trabajado de forma constante para despejar el recelo de los elementos pro-israelíes en la sociedad estadounidense. En particular, su primera aparición pública después de asegurarse la nominación demócrata fue en la AIPAC para dar un discurso que pudo haber sido dado por cualquiera en la administración Bush. Por supuesto, los discursos de los políticos o los aspirantes a altos cargos en AIPAC son genuflexiones rituales ante uno de los lobbies más poderosos de Washington y no debe confundirse con estudiados posicionamientos políticos. Sin embargo, por ahora, son parte de las muestras que debemos examinar.

Obama no pronunció palabras de cautela, como había hecho en el pasado respecto de las políticas israelíes, o de recelo respecto a su continuado asentamiento y la construcción del muro, los controles y cierres que hacen la vida insufrible para millones de palestinos. En su intervención en la AIPAC fue más allá de la política de Estados Unidos –e incluso superó la posición que tomaría la mayoría de los actuales líderes israelíes- al declarar que “Jerusalem seguirá siendo la capital de Israel y debe permanecer sin divisiones”. El Canal 2 de la televisión israelí interpretó que la declaración guarda cierta “ semejanza con los días del Likud de Menahem Begin”. Para los palestinos, muchos de los cuales han puesto sus esperanzas de cambio en la presidencia de Obama, fue una decepción. Pero Nimer Hammad, portavoz del presidente de la Autoridad Palestina, Mahmud Abbas, hizo notar de forma más realista que no estaba

sorprendido con el discurso en la AIPAC. Recordó a todos que ...“cualquiera que participe en conferencias judías en América trata de ser más un miembro del Likud que los mismos miembros del Likud”. Como culminación, en agosto Obama eligió al senador Joseph Biden como candidato a la vicepresidencia. Biden es un centrista en política exterior, considerado un “amigo de Israel” en el Senado y ha declarado que “Israel es nuestra mayor fuerza en Oriente Medio”. Finalizó un reciente discurso afirmando: “Soy un sionista”.

Diálogo o guerra con Irán

Lo que más distingue a Obama y McCain con respecto a Israel es la diferencia entre los candidatos en su trato con la República Chií de Irán. Los israelíes dan menos importancia a la posición de los candidatos en relación a la ayuda de Estados Unidos a Israel, el proceso de paz o la expansión de los asentamientos que a la posición respecto de la creciente amenaza de una república islámica radical, y a veces grotescamente anti-israelí, en posesión de armas nucleares. Actualmente, las referencias “pro-israelíes” de los políticos estadounidenses son sospechosas si los israelíes creen que no han presentado una política seria para evitar que Irán se convierta en potencia nuclear.

Los israelíes (y muchos políticos estadounidenses de ambos partidos) argumentan que un Irán nuclear no sólo representaría una amenaza militar para Israel. En un contexto más amplio, esa posibilidad cambiaría el balance de poder con otros países en Oriente Medio, como Egipto y Arabia Saudí, aumentaría las tensiones étnicas entre las poblaciones suní y chií y alimentaría el potencial de las fuerzas radicales anti-occidentales y los grupo que utilizan el terrorismo, como Hamás, Hezbolá y Al Qaeda. Esto, más que cualquier otro factor, pesa en la preferencia de los israelíes por McCain.

Irán ha salido enormemente beneficiado y fortalecido de las arrogantes, torpes y miopes políticas de la administración Bush en Oriente Medio en los últimos ocho años. Las invasiones de Estados Unidos a los vecinos Afganistán e Irak eliminaron de hecho dos de los enemigos de Irán: el régimen rival talibán y el gobierno dominado por los suníes de Sadam Husein; este último caso abrió la puerta a la colaboración de Irán con la mayoría chií en Irak. En paralelo, las guerras han atado al país que Irán denomina “el Gran Satán” y han debilitado la capacidad estadounidense de responder militarmente en otros escenarios. Por sus propias razones geopolíticas, después de los atentados del 11 S en 2001, Irán se ha mostrado dispuesto a cooperar con Estados Unidos para localizar y combatir a Al Qaeda en Afganistán y otros lugares. El doble error de invadir Irak (firmemente opuesto por Teherán) y la posterior amenaza gratuita a Irán (el núcleo del “Eje del Mal” de Bush) aseguró que el gobierno iraní se convirtiera en un enemigo acérrimo. Esta correlación de favores militares, comportamiento amenazador y debilidad última proporcionó los argumentos idóneos para el programa nuclear iraní.

El dilema para la política estadounidense en esta coyuntura es que, por una parte, Washington cree que no puede permitir a Irán desarrollar la capacidad para fabricar armas nucleares. Por otra, con dos guerras en marcha -una, Afganistán, quizá está entrando en crisis- Estados Unidos no puede permitirse una guerra con Irán o permitir que los israelíes la provoquen. Un ataque directo o encubierto, incluso aunque tenga éxito, provocaría con seguridad una respuesta de los chiítas iraquíes. Además, las instalaciones nucleares de Irán están distribuidas por todo el país y no son plenamente conocidas por la inteligencia estadounidense. La primera respuesta de Irán sería probablemente atacar Israel, contra el cual puede vengarse con misiles almacenados en Líbano. Irán tiene influencia militar sobre las milicias de Irak -una parte de las cuales han sido entrenadas en Irán- y también puede contar con la reacción militar de los aliados chiíes de Irán en ese país. Finalmente, elevar el nacionalismo iraní asegura que tal ataque probablemente arrojaría a la población a posiciones de línea dura anti-israelí en Irán, incluyendo al actual gobierno, y consolidaría su apoyo a la adquisición de armas nucleares.

En relación a Irán, McCain ha prometido básicamente seguir la política oficial de Washington de no negociar con quien es percibido como un “gobierno canalla”. Habla sólo de organizar un concierto de naciones para aplicar sanciones y otros castigos hasta que Irán renuncie a su ambición nuclear y cambie su retórica hacia Israel. Acusa a Obama de no tomar en serio la amenaza a Israel y a todo Oriente Medio que suponen las ambiciones nucleares de Irán. En ocasiones McCain se ha situado a la derecha de Bush y Cheney respecto a Irán, más estridente, beligerante e inflexible. Los votantes pueden recordar su estúpida insinuación de que deberíamos emplear un ataque aéreo contra Irán (jugando con la letra del clásico de rock and roll de Regents, Barbara Ann, “Bombardea, bombardea, bombardea, bombardea, bombardea Irán”). A pesar de que en noviembre de 2007 se hizo público el desclasificado National Intelligence Estimate, con un informe de “alta confidencialidad” que recogía que “en el otoño de 2003 Teherán paralizó su programa de armas nucleares”, la posición de McCain respecto de Irán parece ser fundamentalmente indistinguible de la belicosidad de línea dura del equipo Bush-Cheney.

“Nunca temas negociar”

Obama, como McCain, ha hablado a menudo de la gravedad de la amenaza iraní y el hecho de que no descartaría el uso de la fuerza. Con frecuencia, Obama utiliza la misma retórica que los republicanos para describir la amenaza de Teherán. Por ejemplo, en un discurso en la AIPAC en 2007, calificó a Irán como “una de las mayores amenazas para Estados Unidos, Israel y la paz mundial”. También ha declarado que no puede desecharse ninguna alternativa, incluida la grave e impensable opción de la guerra con Irán. El senador de Illinois también ha co-patrocinado un proyecto de ley para imponer más sanciones a Irán y apoyó las críticas de la administración Bush a la Guardia Revolucionaria iraní.

Sin embargo, a diferencia de John McCain, rehusó respaldar la Enmienda Kyl-Lieberman aprobada por el Senado en septiembre de 2007. El proyecto de ley declaraba que Estados Unidos debía designar a la Guardia Revolucionaria Islámica como organización terrorista extranjera e incluirla en la lista de “Terroristas Globales Especialmente Designados”, con las sanciones oportunas. Además, sus disposiciones más graves, y lo que hizo que Obama, según dijo, se opusiera, se encontraba en el párrafo que comenzaba así: “será política de Estados Unidos frenar dentro de Irak las violentas actividades y la desestabilizadora influencia del gobierno de la República Islámica de Irán, sus aliados extranjeros tales como Hezbolá en Líbano, y sus representantes autóctonos en Irak”. En otro apartado afirmaba que deben utilizarse instrumentos militares para prevenir estas actividades. El lenguaje relativo a Irán y otros grupos estaba diseñado para promover el objetivo más amplio de amalgamar a todos los grupos terroristas de la región como un enemigo común y una amenaza monolítica.

Obama declaró que se oponía a la enmienda porque “ligaba nuestra presencia en Irak a un esfuerzo para contrarrestar la amenaza iraní”. En primer lugar, esto daría luz verde a una acción militar prematura contra Irán, y en segundo lugar, proporcionaría los argumentos para mantener las tropas estadounidenses en Irak, y por tanto, socavaría el objetivo de Obama de terminar con la presencia militar de Estados Unidos en ese país dieciséis meses después de tomar la presidencia en enero de 2009. Obama no estuvo presente en la votación, pero el candidato a la vicepresidencia Joseph Biden votó en contra junto con sólo otros 21 senadores. Aunque McCain estuvo ausente del voto, públicamente apoyó la enmienda y en su página web criticó el rechazo de Obama.

Sin embargo, la principal contribución de Obama al debate ha sido trazar un nuevo curso que rompe con el enfoque Bush-McCain hacia Irán, basado en su visión fundamentalmente distinta de las relaciones internacionales. A mediados de 2007, propuso que Estados Unidos se aproximara

a Irán a través de la diplomacia, pero sin condiciones previas, negociando el asunto nuclear directamente a través de la oferta de incentivos políticos y económicos junto a la amenaza de sanciones más duras y no “descartando la amenaza de la acción militar”.

Obama ha mantenido por algún tiempo que Estados Unidos necesita utilizar algo más que el martillo -aunque sea formidable- que figura en la caja de herramientas de la política exterior del país. En particular, Washington debe resucitar su enfoque diplomático moribundo y no cerrar automáticamente la posibilidad de hablar incluso con sus enemigos más acérrimos. Obama sostiene que es ilógico y perjudica a los objetivos de seguridad de la administración Bush demandar que los iraníes acaben con su programa nuclear antes de que Estados Unidos se sienta a negociar con ellos. De hecho, es pedirles que capitulen en el punto central de las negociaciones y luego se sienten a hablar cuando efectivamente ya no hay nada que negociar para los iraníes. Tal posición tiene el efecto de echar por tierra las conversaciones antes de que empiecen y constituye un signo claro de que la diplomacia no se toma en serio.

Tanto la senadora Hillary Clinton, la rival demócrata de Obama para la nominación a la presidencia, y John McCain se han abalanzado sobre Obama, calificándole de inocente por declarar que hablaría con los líderes sin condiciones previas en países tales como Irán, Siria, Cuba, Venezuela y Corea del Norte. Obama matizó posteriormente sus comentarios diciendo que su posición no implica que los preparativos no deban ser precedidos por discusiones y, por supuesto, que orquestaría tales encuentros con la debida diligencia. Obama cree que es precisamente con nuestros adversarios en el mundo con los que existe el imperativo de hablar. Le gusta citar al presidente John F. Kennedy cuando decía en el contexto de la Guerra Fría: “No negociemos nunca por miedo. Pero nunca temamos negociar”.

Obama capitalizaría en los “grandes palos” de Washington -su fuerza militar- con el fin de ofrecer a Teherán la perspectiva de algunas zanahorias económicas y políticas valiosas, incluyendo créditos comerciales y la pertenencia a la Organización Mundial del Comercio. Se debe diseñar una diplomacia agresiva para retrasar la capacidad de Irán de desarrollar la bomba, y utilizar el tiempo para tratar de alimentar el cambio político en Irán, que virtualmente puede ser la forma más efectiva y menos peligrosa de prevenir el uso de las armas nucleares. Incluso la administración Bush ha suavizado recientemente su enfoque hacia Irán. En un movimiento ignorado por McCain, la Casa Blanca parece romper con su moratoria diplomática al haber mandado a un enviado del Departamento de Estado de alto nivel a un encuentro con diplomáticos europeos e iraníes en Ginebra, el contacto diplomático estadounidense más significativo con la república islámica desde 1979, en relación al programa nuclear de Irán.

La mayor predisposición de Obama a hablar con Teherán no le ha granjeado el apoyo de gran parte de la seguridad israelí; el público de Israel prefiere a su rival por un margen de tres a uno. Esto ha proporcionado carnaza para los ataques de la línea dura en Estados Unidos. Al final, a pesar de que se superpone la retórica en relación al peligro de un Irán nuclearizado para Estados Unidos y Oriente Medio, la posición de Obama sobre las negociaciones supone un cambio importante respecto del clásico lenguaje estereotipado neoconservador de McCain y su incapacidad para idear una estrategia hacia Irán que vaya más allá de los errores manifiestos de los años de Bush. En este punto, el enfoque de Obama tiene la virtud de tener bajo riesgo pero ofrecer alto potencial de retorno. Si después de un intervalo adecuado las negociaciones no producen resultados, Estados Unidos siempre puede volver a políticas más enérgicas y no perder más tiempo del que ya se derrocha con la política actual. En resumen, hay poco que perder y bastante posiblemente que ganar con el plan de Obama. Y hace falta recordar que este enfoque es producto tanto del juicio de expertos de sólido conocimiento como de las lecciones aprendidas por las desastrosas consecuencias de las políticas de Bush en Oriente Medio.

Retos

La retórica de campaña e incluso las posiciones legislativas en política exterior constituyen una frágil estructura sobre la que colgar conjeturas sobre si y cómo las administraciones de John McCain o Barack Obama podrían cambiar la política de Estados Unidos en Oriente Medio. Las promesas de campaña, guiadas por las demandas de una variedad de grupos electorales, son usualmente papel mojado. A veces las pistas que ofrecen en este momento del periodo electoral pueden confundir. Sólo hace falta pensar en la frecuente promesa electoral de George W. Bush de rectificar los años de Clinton y ejecutar una política exterior “humilde”. El grano de la especulación siempre será imperfecto, tanto si es copioso o escaso; el ejercicio de especular, no importa en qué medida esté fundamentado, por naturaleza contiene riesgo. En ausencia de datos más determinantes, los intangibles del carácter y la personalidad pueden ayudar a subrayar las posiciones y sopesar las posibilidades. La conjetura final se ofrece con el ánimo de que a pesar de las dificultades de un análisis tan temprano sobre una embriónica administración, algunas observaciones tentativas pueden ser de utilidad.

A pesar de la reciente adopción del mantra de Obama sobre el cambio, John McCain ha votado con Bush más del 90% de las veces y sólo cuando la economía sufrió su peor crisis desde 1929, se distanció deliberadamente de la administración Bush. A excepción de su cautela respecto de la tortura (a la que se refirió recientemente) y sus críticas tardías a la gestión de la guerra (lo que le situó con el 85% de los ciudadanos), McCain ha secundado plenamente la política exterior de Bush. El único cambio sobre la política de Bush en Oriente Medio que ofrece McCain es una vaga promesa de prestar más atención al tema.

Aparte de su llamamiento a salir de Irak y su inclinación a negociar con regímenes indeseables, Barack Obama se suele alinear con la corriente general en su pensamiento sobre política exterior. Incluso sobre Irak, donde ha sido más directo, Obama ha ampliado ahora el calendario para el repliegue de tropas más allá de sus posiciones de hace uno o dos años. En Afganistán, su ausencia de nuevo pensamiento estratégico y su propuesta para un aumento de tropas de Estados Unidos y la OTAN se ajusta bastante a la posición de la administración Bush, al igual que a la de los asesores neoconservadores que rodean a John McCain. Así, Obama bien podría terminar adoptando un enfoque políticamente seguro, centrista, del estilo de Clinton, hacia Israel que se asemejara bastante a la política actual, cambiando, como McCain, sólo en la cantidad de atención que se presta al asunto.

El pronunciamiento de Obama durante el pasado año y medio en apoyo de las políticas de línea dura de Israel han desilusionado a los progresistas, que esperaban un cambio de Washington en su apoyo incondicional a Israel de los últimos años. Pero estos comentarios pueden no representar fielmente en su totalidad la futura política. Durante las primarias y la dura campaña electoral de este año, la campaña de Obama estaba seguramente ejerciendo cierto control del daño. Sus asesores sin duda concluyeron que si Obama debía superar prejuicios raciales al igual que su asociación a críticos duros a las políticas del gobierno de Estados Unidos y la sociedad americana, las acusaciones de abandonar al aliado incondicional de Washington -Israel- y del implícito antisemitismo que conlleva, aunque sea simplista y falto de base, representaba una complicación adicional de la que podían prescindir.

Si bien Obama se ha mostrado pragmático y vulnerable a la presión de la derecha, más que McCain, a veces ha considerado detenidamente las implicaciones y consecuencias de posiciones internacionales y se ha abierto a argumentos más amplios, con menos carga política y emocional. Las elecciones de asesores sesudos, relativamente progresistas ayudan y ratifican su enfoque. Por ejemplo, está entre la minoría del Senado (y de nuevo solo entre los principales candidatos a la presidencia) que apoya acciones para proteger los derechos humanos y laborales en América

Latina. A Obama no le ha asustado discutir asuntos políticos de Oriente Medio en una cena con el fallecido intelectual palestino Edward Said en Chicago o sugerir que se entrevistaría con el presidente iraní Mahmud Ahmadinejad. Y en el pasado ha reconocido el sufrimiento y los agravios de los palestinos. Su oposición a la guerra de Irak en épocas tan tempranas como 2002 le distanció de cualquier otro serio candidato presidencial.

Por tanto, puede estar funcionando algo más que el pasado de Obama en el hecho de que tres cuartas partes de los israelíes prefieran a McCain y tres cuartas partes de los palestinos apoyen a Obama (aunque la divulgación pública de esto apenas beneficie a Obama como sí lo hace a su rival). No es previsible a corto plazo que una presidencia de Obama modificara la política de Estados Unidos hacia Israel. Hay otros problemas más acuciantes y Obama necesitará consolidar su credibilidad como líder antes de que pueda adoptar cualquier movimiento audaz en un tema tan sensible como las relaciones entre ambos países. Cualquier esperanza de nuevas ideas o, al menos, de un cambio en la política estadounidense hacia Israel y la región recae en la aparición de dos posibilidades: la primera, una victoria de Obama, preferiblemente confortable y combinada con amplias mayorías demócratas en las dos cámaras y quizá un Senado con una mayoría absoluta del 60% para prevenir el voto de los republicanos.

La segunda posibilidad es una circunstancia menos cuantificable. En el contexto de la seguridad política implícita en la primera posibilidad (y puede ser que dado cierto tiempo para consolidar su presidencia), Obama puede simplemente superar su lado pragmático y cauteloso, y reunir esas cualidades de compasión, entendimiento e inclusividad que el público ha atisbado en el pasado. Cambiar de marcha con éxito de forma que lleve al inicio de un proceso de paz serio requerirá establecer la legitimidad y credibilidad de Estados Unidos como un "intermediario honesto" en la región. El primer paso es restaurar su deslucida imagen internacional como poderoso actor militar, pero insensible e incompetente, al subrayar que ahora está comprometido con la defensa de los derechos humanos y la justicia social. Y Obama debe demostrar su entereza y determinación para traducir esos esfuerzos en un proceso efectivo para una resolución pacífica del conflicto.

La seguridad a largo plazo de Israel (y de Estados Unidos) nunca se logrará hasta que haya justicia para los palestinos; los dos objetivos son inseparables y deben perseguirse en paralelo. Dado un conjunto adecuado de circunstancias, una presidencia de Obama puede ser capaz de elaborar una nueva visión internacionalista -ausente en los últimos ocho años- para lograr conjuntamente estos objetivos. El senador de Illinois necesita, entonces, reunir la voluntad para perseguir esta visión tan ferozmente como lo ha hecho con su campaña presidencial. En contraste a las presuposiciones unilateralistas de la presidencia de Bush, el pensamiento en el que se basa esta visión converge en mayor o menor medida con el enfoque que Europa tiene hacia el conflicto. De producirse este escenario, será crucial que Europa esté preparada para colaborar con la nueva administración para fortalecer el desarrollo de una visión de paz seria para esta conflictiva región.

Los comentarios de FRIDE ofrecen un análisis breve y conciso de cuestiones internacionales de actualidad en los ámbitos de la democracia, paz y seguridad, derechos humanos, y acción humanitaria y desarrollo. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en www.fride.org

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª - 28001 Madrid - Telf: 91 244 47 40 - Fax: 91 244 47 41 - E-mail : fride@fride.org
www.fride.org